ORAR EN EL MUNDO OBRERO

20º domingo del Tiempo Ordinario (19 de agosto de 2018)

Comisión Permanente HOAC

Y he aquí que Jesús permanece entre los hombres hasta el fin del mundo. ¿Dónde está, pues? está en el corazón de los que lo aceptan tal como Jesús es, de tal manera que su corazón se funde y se confunde con el corazón de Cristo. Está en los santos, en una palabra. Y los santos siguen siendo los grandes triunfadores (Rovirosa, OC, T.I. 143).

Es posible amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas: « Su amor no tiene límites y una vez dado nunca se echó atrás. Fue incondicional y permaneció fiel. Amar así no es fácil porque muchas veces somos tan débiles. Pero precisamente para tratar de amar como Cristo nos amó, Cristo comparte su propia vida resucitada con nosotros. De esta manera, nuestras vidas demuestran su poder en acción, incluso en medio de la debilidad humana (GE 18).

Desde la vida

Igual que la vida, deja que Dios entre hoy a través de los sentidos: oye, escucha, toca, mira, ve, gusta y huele, saborea y paladea la vida que te llega; saborea el encuentro con Dios. Para eso necesitas hacer silencio y poner algo de distancia con los ruidos, pero sin dejar de percibir los sonidos vitales, la vida de tus hermanos y hermanas.

Si te ayuda, comienza con esta melodía: "En lo profundo", de Luis Guitarra: https://youtu.be/onwR1SYynjE

Y luego ora:

Muchos anuncios,
muchas promesas,
muchas rebajas,
muchas oportunidades,
muchas gangas...
Muchas voces me susurran
constantemente
sus ofertas.

Con sus llamativas,
vanas,
huecas,
lights
palabras
cubren su pobreza
y cantan sus alabanzas.

Más no me satisfacen,
pues ni me alimentan,
ni me quitan el hambre,
ni me acogen como persona,
ni me defienden de sus intrigas.

En este mar de palabras,
de propaganda sofisticada,
de ilusiones engañosas,
de ofertas apetecibles,
de oportunidades novedosas,
yo sólo quiero dar crédito
a tu palabra buena y nueva,
valiosa y gratuita,
que me ofrece vida,
la dignidad y la alegría.
Yo solo quiero darte crédito
a ti, que eres la palabra y la vida.
Creo, Señor, en ti.

En esa vida nos habla Dios

Juan 6, 51-58. El que me come vivirá por mí

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Palabra del Señor

Para ayudarte a acoger la Palabra

El encuentro con Dios no es algo racional, cerebral, aunque haya de ser razonable. Dios se ha puesto a nuestro alcance. El encuentro con él es vital. La encarnación no es otra cosa. En Jesús de Nazaret, en la Eucaristía, se pone a nuestra disposición, al alcance de nuestras manos y nuestros sentidos: oíd, gustad, tomad, comed, bebed, compartid... Dios se nos hace presente y se nos ofrece en realidades cotidianas, al alcance de nuestros sentidos, si sabemos mirar, escuchar, acoger, recibir y agradecer. Dios es así.

La Eucaristía prolonga la Encarnación. Toda la realidad se hace presente en la celebración de la Eucaristía. El amor de Dios que se nos revela en Jesús llega en ella a hacerse comida y abrazo cuando hacemos memoria suya. En la Eucaristía se nos revela y acerca un Dios que se deja coger y comer, que se entrega a nosotros, a cambio de que con nuestra vida anunciemos su muerte y su resurrección.

Una manera de hacerlo es compartir. Nos lo decía Rovirosa: *el Pobre cristiano es el que comunica sus propios bienes a otros que los necesitan o los desean; y no consiste tanto en dar como en compartir. La fracción del pan es su símbolo perfecto. El «espíritu de pobreza» manifiesta el amor cristiano en el compadecer (padecer con), y conduce necesariamente a anteponer las necesidades y los deseos de los que se ama a los propios deseos y a las propias necesidades.*

El que comparte lo que tiene, cada vez se da cuenta de que tiene más cosas para compartir. aparte de compartir lo que sea fruto de su propio trabajo y esfuerzo material, intelectual y sobrenatural (que es un esfuerzo inmensamente más productivo y fecundo que el de los que se esfuerzan y trabajan únicamente para sí en trabajos forzados y agotadores) se encuentra con que puede compartir su alegría con los tristes y la luz del sol con los de ojos turbios; el gozo de las estaciones del año y la Eucaristía; el cielo y la tierra; una lágrima y una sonrisa; la salud y la enfermedad; el trabajo y el descanso... toda la creación, y el mismo creador, son suyos si los comparte con espíritu sobrenatural de pobreza.

Él es el que necesitamos para vivir. Entrar en comunión con Dios es poder vivir, y gozar de la vida. Para poder vivir la vida cristiana, necesitamos comer a Jesús. Necesitamos acoger y hacer nuestra su vida y su manera de vivir. Necesitamos escuchar y saborear sus palabras, gustar de su presencia en nuestras vidas; vivir alegres, sabiendo de quién nos hemos fiado.

Nuestra vida cristiana pierde sabor y languidece cuando Jesús apenas cuenta en nuestra vida real y cotidiana, cuando no tenemos relación personal con él, cuando no comulgamos en él, y no luchamos por el Reino de Dios por el que él luchó.

Jesús nos sigue invitando a alimentarnos de su vida. Comámosle en el pan de la Eucaristía; trabajemos junto a Él por el Reino, pensemos como Él, trabajemos con Él, y viviremos en Él, nuestra vida será eucarística para que su Reino sea un hecho.

Desde tu proyecto personal de vida qué pasos puedes ir dando para acoger esta invitación de Jesús a alimentarte de él. Concrétalo en un compromiso.

Recoge todo lo reflexionado y orado

El Pan, el más sencillo lenguaje, el alimento más fraterno.
El pan, que une a los hombres y mujeres del modo más fundamental
y por el que hacen la guerra.
El pan, lo que me resulta más familiar y también lo más necesario.

Dar un trozo de pan al que quiero amar,
es ya darse a uno mismo.

Recibir del cielo mi pan de cada día
es levantar los ojos más allá de mí mismo.

Pan hecho de mil granos de trigo,
que a cambio de uno solo caído en tierra
se da cien veces a sí mismo.

Pan, dado por el Amado a aquel que le ha traicionado.
Pan, con el que el propio Dios ha querido identificarse.
Pan, que, cogido por las manos de Dios, ha salvado a la humanidad.

Pan, hecho de mil granos molidos,
amasado con todas nuestras heridas.

Todos tenemos hambre de pan, pero de mucho más aún.
Pan: no sirve de nada atesorarlo en el granero,
porque mañana se pudrirá u otro lo cogerá.
Pan que Dios ha hecho llover del cielo,
pero que no se podía conservar de un día para otro.
Pan que por todo el mundo,
como una cadena invisible, ha amasado la humanidad.

Y ofrece tu vida

Señor, Jesús,
te ofrecemos todo el día...

Concédenos
como a todos nuestros hermanos de trabajo,
pensar como Tú,
trabajar contigo,
y vivir en Ti...

María, Madre de los pobres,
Ruega por nosotros.